

**Bosquejo de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
del semestre de otoño del 2007**

TEMA GENERAL: LOS CREYENTES

Mensaje veintiséis

Su presente: Unidos al Dios Triuno procesado

Lectura bíblica: Mt. 28:19; Jn. 20:22; Ro. 8:2; 11:17, 24; 1 Co. 6:17; 12:13

I. El Dios Triuno procesado es la ley del Espíritu de vida que está en nuestro espíritu; estos dos espíritus se han unido orgánicamente para ser un solo espíritu, un espíritu mezclado—Ro. 8:2, 16, 10; 1 Co. 6:17; cfr. Lv. 2:4-5:

- A. Romanos 8 nos muestra el proceso por el cual el Dios Triuno pasó para ser la ley del Espíritu de vida en nuestro espíritu: encarnación (v. 3), crucifixión (v. 3), resurrección (v. 11) y ascensión (v. 34).
- B. Por medio de estos procesos, Él fue consumado para ser la ley del Espíritu de vida, un principio y un poder de vida que operan de manera espontánea y automática; Él se instaló en nosotros para alojarse en nuestro ser tripartito, a fin de impartir vida a nuestro espíritu, alma y cuerpo, para hacernos hombres de vida—vs. 2, 10, 6, 11.
- C. En nuestro espíritu nosotros estamos unidos al Señor, el Señor Espíritu (1 Co. 6:17; 2 Co. 3:18b), quien es el Dios Triuno procesado como la Cabeza del Cuerpo (Col. 1:18); mediante Su impartición divina, nuestro ser tripartito es introducido completamente en una unión orgánica con Él “según la operación de Su poder, con la cual sujeta también a Sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:21):
 - 1. Al permanecer en nuestro espíritu “unido”, somos llenos de Él, quien es la presencia de la gracia que nos regula, junto con Su muerte y Su resurrección—Ap. 4:2; He. 4:16; 2 Ti. 4:22; Ro. 5:21; cfr. Ez. 1:26; 1 R. 10:18; Cnt. 7:4.
 - 2. Al permanecer en nuestro espíritu “unido”, nos asimos de Cristo, la Cabeza, para estar sujetos a Su administración de oro, exaltándolo a Él, permitiéndole que ocupe el primer lugar en todas las cosas y manteniéndonos íntimamente conectados a Él, de modo que a partir de Él todo el Cuerpo pueda ser ricamente abastecido y entretejido para crecer con el crecimiento de Dios—Col. 2:19; Ap. 22:1.

II. Cuando creímos y fuimos bautizados en Cristo, fuimos trasladados de Adán a Cristo—Jn. 3:16; Gá. 3:27; Ro. 6:3-8:

- A. Adán, el primer hombre, mediante la transgresión que cometió en el huerto, condujo al hombre al conocimiento, haciendo de él un hombre de conocimiento (5:14; Gn. 2:8-9, 17; 3:1-7); pero Cristo, el segundo hombre, mediante Su obediencia en la cruz, acabó con el hombre de conocimiento caído, y recobró al hombre regresándolo a la vida, haciendo de él un hombre de vida (1 Co. 15:45, 47; Ro. 6:6; 1 P. 2:24; Jn. 3:14-15; Ro. 5:10; 8:10, 6, 11).
- B. En Adán heredamos el pecado, el cual nos constituye pecadores, heredamos la muerte, la cual nos debilita (de modo que seamos incapaces de hacer lo que le agrada a Dios) y reina sobre nosotros, y heredamos la condenación bajo la ley para muerte—5:12-21a; 6:14; 7:11, 17, 20.
- C. En Cristo recibimos el don de la justicia, la vida y la justificación para vida, en la cual reinamos con gracia sobre todas las cosas—5:17-18, 21.

III. Cuando creímos y fuimos bautizados en Cristo, fuimos trasladados de la carne al Espíritu:

- A. Fuimos trasladados de la carne (que es el Adán en la práctica y en la experiencia) por medio de nuestra crucifixión con Cristo—7:1-6; Gá. 2:20.
- B. Fuimos trasladados al Espíritu (que es el Cristo en la práctica y en la experiencia) mediante nuestra unión con el Espíritu—Ro. 8:16; cfr. 1 P. 2:9.
- C. Disfrutamos este traslado al poner nuestra mente no en la carne, sino en el espíritu mezclado, para tener vida y paz (Ro. 8:5-6), al andar y tener nuestro ser conforme al espíritu mezclado que nos lleva a cumplir el justo requisito de la ley (vs. 2, 4; Sal. 23:1-3; Ez. 36:26-27, 31), y por medio de reinar con gracia por sobre todas las cosas para vida eterna (Ro. 5:17b, 21).

IV. El hecho de que estemos unidos al Señor Espíritu en nuestro espíritu y seamos “un solo espíritu” con Él nos hace prisioneros de Cristo Jesús y prisioneros en el Señor—Ef. 3:1; 4:1:

- A. Tarde o temprano, todo mayordomo de Dios, todo ministro de las riquezas de Dios, todo el que ama fielmente a Cristo, será encarcelado no sólo por Cristo, sino también en Cristo; cuanto más le amemos, más nos internaremos en Él al grado en que Él llegará a ser nuestra cárcel, en la cual le disfrutaremos a lo sumo, a fin de andar como es digno del llamamiento de Dios.
- B. Cuanta más libertad tengamos, más ciegos estaremos; no obstante, si Cristo es nuestra cárcel, nuestros ojos serán abiertos para ver la visión celestial y recibiremos la revelación más elevada de la economía de Dios—3:9; Hch. 26:19.

V. Las barras que juntaban las cuarenta y ocho tablas del tabernáculo y las mantenían unidas representan al Espíritu que une, el cual está mezclado con nuestro espíritu humano, a fin de unir a todos los miembros de Cristo en un solo Cuerpo—Éx. 26:26-29; Ro. 8:16; Ef. 4:2-4:

- A. Las barras que unían las tablas del tabernáculo estaban hechas de madera de acacia para que se efectuara una firme conexión, y estaban recubiertas de oro a fin de que se mantuviera la unidad; el hecho de que las barras fueran de madera de acacia indica que la unidad del Espíritu, como el Dios Triuno procesado, incluye no sólo la divinidad de Cristo, sino también Su humanidad—vs. 2-3.
- B. En el Espíritu que une, que es el Espíritu del Jesús glorificado, se encuentra la humanidad transformada de Jesús; para la edificación del único Cuerpo, debemos beber y dejar fluir el Espíritu del hombre Jesús, quien posee virtudes divinamente enriquecidas tales como la humildad, la mansedumbre y la longanimidad que nos capacita para soportarnos los unos a los otros en amor—Jn. 7:37-39a; 1 Co. 12:13; Hch. 16:7; Ef. 4:2-4.

VI. Estamos unidos a Dios el Padre, quien es la fuente del Dios Triuno procesado—Jn. 8:42; 13:3; 16:28; 1 Co. 2:12; 6:19b; Jn. 15:26:

- A. Nosotros, los creyentes, nos unimos a Dios el Padre al volvernos a Él mediante el arrepentimiento—Hch. 26:18; 1 Ts. 1:9; Hch. 11:18; Ro. 2:4; cfr. Tit. 3:4-6.
- B. Nacimos de Dios, quien es el Padre que engendra, mediante la palabra de verdad, y esta simiente permanece en nosotros—Jn. 1:12-13; 3:6; Jac. 1:18; 1 P. 1:23; 1 Jn. 3:9.
- C. Fuimos bautizados en el nombre, en la persona, del Padre—Mt. 28:19.
- D. Estamos en Dios el Padre, y Dios el Padre está en nosotros—Jn. 14:20; Ef. 4:6; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1; cfr. Mt. 10:20.

VII. Estamos unidos a Dios el Hijo, Cristo, quien es la corporificación del Dios Triuno procesado—Col. 2:9; Mt. 28:19; Jn. 15:1, 5:

- A. Cuando Dios, en Cristo, resplandeció en nuestros corazones, nosotros recibimos a Cristo y nos unimos a Él—2 Co. 4:6-7; Jn. 1:12; Col. 2:6; 1:12; 2 Ti. 4:22.
- B. Nos unimos a Dios el Hijo al ser revelado el Hijo en nosotros, al vivir Él en nosotros y al ser Él formado en nosotros—Gá. 1:15-16; 2:20; 4:19.
- C. Nos unimos a Dios el Hijo al ser bautizados en Cristo y así llegamos a estar revestidos de Él—3:27; Ro. 6:3; cfr. 13:12, 14.
- D. Dios nos puso en Cristo, quien nos fue hecho de parte de Dios sabiduría, a fin de que Él sea nuestra justicia, santificación y redención—1 Co. 1:30; 2 Co. 5:17, 21.
- E. Nos unimos a Dios el Hijo al estar identificados con Él en Su muerte (Ro. 6:3b, 6a; Gá. 2:20a; Col. 2:20a), en Su sepultura (Ro. 6:4a; Col. 2:12a), en el hecho de que fue vivificado (Ef. 2:5; Col. 2:13b; 3:4; Ro. 8:2), en Su resurrección (6:4b; Ef. 2:6a; Col. 2:12b; 3:1) y en Su ascensión (Ef. 2:6b).
- F. Nos unimos al Hijo de Dios al ser injertados en Él, quien es la realidad del olivo cultivado—Ro. 11:17, 24; 6:3-5.
- G. Dios nos unió firmemente a Cristo, el Ungido de Dios—2 Co. 1:21; He. 1:9; 1 Jn. 2:20, 27.
- H. Nos hemos unido al Señor para ser un solo espíritu con Él—1 Co. 6:17; Jn. 15:4-5; 2 Ti. 4:22.
- I. Amamos a Cristo y nos alegramos en Él con gozo inefable y colmado de gloria—1 P. 1:8; cfr. He. 11:1, 27.

VIII. Estamos unidos a Dios el Espíritu, quien es la consumación del Dios Triuno procesado—Mt. 28:19; 1 Co. 12:13:

- A. Nos unimos a Dios el Espíritu al recibirlo a Él en Su aspecto esencial, a fin de vivir a Cristo—Jn. 20:22; Gá. 3:2:
 - 1. Hemos recibido al Espíritu de realidad (Jn. 14:16-17) y al Espíritu de vida (Ro. 8:2; Jn. 6:63; 2 Co. 3:3, 6).
 - 2. El Espíritu, quien es la consumación del Dios Triuno procesado, se aplica a nosotros al ungirnos consigo mismo—1:21; He. 1:9; 1 Jn. 2:20, 27.
 - 3. El Espíritu continuamente nos sella y se da a nosotros en arras, a fin de que podamos disfrutar las primicias, disfrutar al Dios Triuno procesado como un anticipo—2 Co. 1:22; 5:5; Ef. 1:13-14; 4:30; Ro. 8:23.
 - 4. El Espíritu en nosotros es la bendición dada a nosotros en cumplimiento de la promesa acerca del evangelio de la economía neotestamentaria de Dios—Gá. 3:14.
- B. Nos unimos a Dios el Espíritu al ser bautizados en Él en el aspecto económico, a fin de llevar a cabo la comisión que Cristo nos dio—Mr. 1:8b; Hch. 1:5b; 11:16:
 - 1. Fuimos bautizados en el Espíritu de poder—Lc. 24:49; Hch. 1:8a.
 - 2. Cuando fuimos bautizados en el Espíritu en Su aspecto económico, el Espíritu fue derramado sobre nosotros y cayó sobre nosotros—v. 8a; 2:18, 33b; 8:16; 10:45; 19:6.
 - 3. El Espíritu en quien fuimos bautizados en el aspecto económico es nuestro vestido—Lc. 24:49; cfr. 2 R. 2:9, 13-15.
- C. El resultado de que seamos unidos al Dios Triuno procesado, quien es el Espíritu mezclado con nuestro espíritu, es la edificación del Cuerpo de Cristo, lo cual llevará la Nueva Jerusalén a su consumación—Ef. 1:17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18; Ap. 22:17a.